

Y entonces, reciente aún aquella impresión nobilísima que elevaba las inteligencias y movía los corazones, iban á ver en Jacobo lo que en esa misma Grandeza cuando refleja en un charco los rayos de su gloria, cuando el vicio la deslustra y la cabeza la empuerca, y el olvido de la propia dignidad la pone al servicio de un Martínez, que apoya en ella la patata para encaramarse en lo alto, y darle después, una vez arriba, desde la cumbre de su insolencia, la más ignominiosa de todas las coces, la coz del asno.....

Jacobo hablaba bien, y era la más mimada de todas sus vanidades la vanidad de su elocuencia; más no osó, sin embargo, confiar su discurso á la memoria y limitóse á leerlo, temeroso de pasar por alto alguno de los habilitados rodeos con que procuraba sortear los grandes escollos que por todas partes le cerraban el paso.

Hízolo en efecto con notable maestría, en que creyeron descubrir algunos las macizas huellas del buey Apis, y cuando cesó de hablar, las miradas significativas de todos se cruzaron de uno á otro lado.....

El hecho era cierto; Martínez y su mesnada cantaban la palinodia, y el Grande de España consorte era el encargado de hacer llegar el reverente clamor á los oídos del monarca.

Alarmáronse los parciales del Gobierno, y el Sr. Fernández Gallego, que entre los curiosos andaba agazapado, frunció el acento cir-

cunflejo que sobre la nariz tenía, á la vista de aquella nube de bárbaros hambrientos que salían de los bosques talados de la Revolución, y amenazaban invadir las fértiles llanuras del Presupuesto, que ellos solos cultivaban. ¿Cuál sería la actitud del monarca?

Esto se preguntaban todos los ojos, y esto excitó todas las curiosidades, mientras los doce Grandes que aún quedaban por cubrir, leían sus discursos y terminaba la ceremonia.

Levantóse al fin el Rey, y con la cabeza descubierta dió una vuelta á la antecámara, hablando y saludando á todos los Grandes.

Nadie chistaba; había llegado el momento de conocer si el memorial de Martínez era acogido ó rechazado, si era necesario pactar con los invasores ó perseguirlos como á perro que huye con maza al son de almireces y cencerros, hasta los confines de sus bosques desiertos.

Hubo un mal síntoma: el Rey pasó ante Villamelón sin hablarle, haciéndole tan solo un leve saludo; detúvose después un gran rato con el viejo Duque de Algar y su nieto, y llegó al fin á Jacobo que se hallaba de pié en pos de éstos. Hubiérase podido escuchar en la antecámara el vuelo de una mosca; percibir el rumor de la huella más callada, del paso mismo de la muerte.

Paróse el Rey ante Jacobo, y le miró sonriendo con cierta chusca malicia:

¿Qué tal Sabadell?...—¿Y su amigo de V. Martínez? ... Me han dicho que le gustan mu-

cho las violetas... Dígale V. que en la Casa de Campo las hay muy tempranas.... Por allí iré yo el juéves á las cuatro

Y sin añadir una palabra más, volvióle la espalda.....

Harto había dicho sin embargo, y un resoplido inmenso resonó entónces tras la cortina de la izquierda, como el aliento de un pechazo comprimido, que al fin se desahoga: era el buey Apis, el Excmo. Martínez que hubiera soltado en aquel momento un relincho, como en sus expansiones de alegría los mozos de su tierra, y estrujado entre sus brutales brazos, como un Hércules que abrazara á un insecto, á su ilustre aliada Currita.

Ella, sin poder disimular tampoco el vigo gozo del triunfo, dijole imprevisoramente:

—Martínez...—encárgue V. el uniforme.

Y una vocesita burlona, que jamás se pudo averiguar de donde había salido, contestó á su espalda:

—Con que vuelva del revéz el de D. Amadeo, sale del paso sin gastos.

Quedaba aún la parte más pintoresca de la ceremonia, que había de ser para Jacobo la apoteosis del triunfo. Retirado el Rey á sus habitaciones, salieron de la antecámara por orden de antigüedad los Grandes recién cubiertos, para ser presentados al cuerpo de Alabarderos.

Allábanse éstos formados á uno y otro lado de la doble escalera, y los Grandes, llavando á la derecha sus padrinos, debían de bajar por

un ramal y tornar á subir por el otro, al son del golpe de las alabardas, que les hacían el saludo de honor.

Los curiosos llenaban el frente de la galería y la parte baja de la soberbia escalera, cuya bóveda, pintada por Giaquinto, representa á la España ofreciendo á la Religion sus virtudes y trofeos.

Cuando Jacobo puso de nuevo el pié en la galería, y salieron á su encuentro Currita y otros amigos, ansiosos de darle la enhorabuena, el orgullo satisfecho reflejaba en su semblante una especie de vértigo, y hubiera gritado como el Nabucodonosor de la ópera:

¡Io non' Ré, so Dio!

Buscó con la vista á Martínez, y vióle á diez pasos de distancia, con la cabeza ladeada, apoyada en su garrote, y su risa de paletó sobre los labios, recibiendo también sus homenajes.

Un grupo de palaciegos le rodeaba, oprimiéndose y estrujándose por estrechar su velluda manaza, entre las suyas finas y enguantadas, al compás de previsoras lisonjas. El general que acompañaba ántes al Ministro de Gracia y Justicia, invitábale muy finamente á una cacería en sus tierras de Pandillo: era Grande de España, y llamábanle en Palacio el *cuclillo indicador*, por ser siempre el primero en adivinar la mata, por donde había de saltar un ministro.

Nevaba furiosamente, y angustiado Fernando daba prisa por marcharse. Currita convidó á comer á Martínez y á Jacabo, y ambos aceptaron; más éste quiso llegar antes á su casa para quitarse el uniforme.

En la bandeja destinada en la antesala á recibir las tarjetas y las cartas, vió un gran oficio entrelargo, y lo recogió al paso mientras le quitaba Damian la blanca capa de santiguista con la roja cruz en el lado izquierdo. Molestábale mucho una de las altas botas del uniforme, y sin esperar á Damian, quiso quitársela él mismo, en cuanto entró en la alcoba: no pudo sin embargo conseguirlo del todo, y quedóse con ella á medio descalzar, sentado en una butaca, esperando al ayuda de cámara. Tardaba éste, é impaciente Jacobo, abrió mientras tanto el oficio

Sobre un pliego de papel blanco, vió destacarse ante su vista el sello rojo que había cerrado en otro tiempo el sobre exterior de los documentos masónicos.

Mirólo un momento aterrado. . . . Parecióle una gota de sangre.



VI.

Era al día siguiente Domingo de Carnaval, y Madrid amaneció con el suelo emporcachado y el cielo radiante, como una meretriz coronada de flores y sentada en un charco: un fuerte viento del Norte había barrido las nubes, y helado por los rincones los restos de nieve que habían logrado sustraerse á las pesquisas de la escoba municipal.

El frío era grande y ayudaba á la pereza á mantener agazapados entre las calientes ropas del lecho á los más madrugadores. Damian oyó las ocho en su cama, y volvióse del otro lado, esperando que el Sr. Marqués no necesitaría de sus servicios, segun su costumbre, hasta muy entrada la mañana: un violento campanillazo vino sin embargo á hacerle saltar despavorido.